



el tercero a partir del sol

richard matheson

Richard Matheson nació en 1929 en los EE. UU. *Soy leyenda* (1954) muestra ya lo que serán los temas y climas más importantes en su obra: lo sobrenatural como parte de la vida común o el accidente insólito de consecuencias imprevisibles. Pero es quizá en los cuentos y relatos cortos donde el arte y la inventiva de Matheson alcanzan un nivel más alto. *El tercero a partir del sol* reúne algunos de esos famosos relatos, verdaderos clásicos de la ciencia-ficción moderna: el horroroso monólogo de un monstruo doméstico; un anuncio personal en el que una muchacha de Venus “busca hombre de la Tierra”; un mundo futuro en el que la palabra “comida” es insoportablemente obscena; una serie de desapariciones —teléfonos, relojes, casas enteras y amigos— que culminan con la extinción del lenguaje; un último viaje por el espacio al tercer planeta a partir del sol; un viajero del tiempo que asiste al acontecimiento más asombroso de la historia: un hombre da la vida por las cosas en que cree.

NACIDO DE HOMBRE Y MUJER

(Born of Man and Woman, 1950)

Hoy, cuando había luz, mamá me trató de infeliz. Eres una infeliz, me dijo.

Le vi en los ojos que estaba enojada. ¿Qué querrá decir infeliz?

Hoy empezó a caer agua desde arriba. Caía por todas partes. Por la ventana pude ver la tierra en la parte trasera. Sorbía el agua como una boca sedienta.

Bebió demasiada y se enfermó, se puso líquida y parda. A mí no me gustó.

Mamá es bonita, lo sé. Donde duermo, en el rincón de paredes frías, tengo unas cosas de papel que estaban detrás de la caldera. Dice ESTRELLAS DE LA PANTALLA. En esas fotografías se ven caras como las de papá y mamá. Papá dice que son bonitas. Una vez lo dijo.

Y mamá también, él lo dijo. Mamá tan bonita y yo bastante pasable. En cambio, mírate bien, me dijo, y no puso cara linda. Le toqué el brazo y le dije: está bien, padre. Él lo apartó de un tirón, para que yo no pudiera tocarlo.

Hoy mamá me quitó un poco la cadena para que pudiera mirar por la ventana. Entonces vi el agua que caía desde arriba.

* * *

Hoy todo está dorado por arriba. Lo sé porque me ardieron los ojos cuando miré. Después de mirar hacia arriba, el só-

tano quedaba todo rojo.

Esto debe ser lo que llaman iglesia. Se van de allá arriba. La máquina grande los traga y los hace rodar y se los lleva. Atrás va la madrecita. Es mucho más pequeña que yo. Lo sé. Puedo ver todo desde la ventana, todo lo que quiera.

Hoy, mientras estaba oscuro, tuve que comer mi comida y algunas chinches. Oí algunas risas allá arriba. Me gusta averiguar de qué se ríen. Así que saqué la cadena de la pared y me la envolví al cuerpo. Caminé hasta la escalera y todo crujía. Cuando camino con eso, hace ruido. Las piernas se me resbalan, porque no sé caminar por las escaleras. Los pies se me quedan pegados a la madera.

Subí y abrí una puerta. Era un lugar todo blanco. Blanco, tan blanco como las piedras que a veces caen desde arriba. Entré y me quedé muy quieta. Escuché más risas. Me acerqué al ruido y miré a la gente. Era mucha la gente, más de lo que yo creía. Pensé que podría reír con ellos.

Mamá vino y empujó la puerta hacia adentro. Me golpeó y me dolió mucho. Caí de espaldas en el suelo y la cadena hizo ruido. Yo lloré. Ella dijo *chist* y se llevó un dedo a los labios. Los ojos se le abrieron muy grandes.

Se quedó mirándome. Oí que papá la llamaba. ¿Qué se cayó?, preguntaba. Ella le dijo que la tabla de planchar. Ven a ayudarme a levantarla. Él vino diciendo vamos, acaso eso es tan pesado que necesitas... Al verme, se puso más grande. Se le veía en los ojos que estaba enojado. Me pegó. De un brazo solté algunas gotas sobre el suelo. No era nada bueno. Formaba una mancha verde, muy fea.

Papá me dijo que fuera al sótano. Tuve que ir. La luz me hacía mal en los ojos. En el sótano no es así.

Papá me ató los brazos y las piernas. Me puso en la cama. Escuché las risas de allá arriba mientras miraba una araña negra que se balanceaba sobre mí. Pensaba en lo que había dicho papá: *¡Oh, Dios!, y tiene sólo ocho años.*

* * *

Hoy papá volvió a fijar la cadena antes de que hubiera luz. Tengo que sacarla otra vez. Dijo que hice mal en subir. Dijo que nunca más lo hiciera porque me pegaría fuerte. Y eso duele.

Me duele. Dormí todo el día. Con la cabeza apoyada en la pared fría. Estuve pensando en allá arriba.

* * *

Pude sacar la cadena de la pared. Mamá estaba arriba. Escuché unas risitas muy fuertes. Miré por la ventana. Vi a toda esa gente chiquita como la madrecita, y al padrecito también. Son agradables, todos.

Hacían ruidos bonitos y saltaban por el suelo. Movían mucho las piernas. Son como mamá y papá. Mamá dice que la gente que está bien es así como ellos.

Uno de los padrecitos me vio y señaló la ventana. Yo me retiré y me deslicé por la pared en la oscuridad. Me doblé toda, para que no pudieran verme. Los oía hablar cerca de la ventana y correr. Arriba se golpeó una puerta. Oí la voz de la madrecita que llamaba. Y oí unos pasos pesados. Me escondí en la cama. Puse la cadena en la pared y me tendí de espaldas.

Oí que mamá bajaba. Has estado en la ventana, me dijo. Oí su enojo. Debes quedarte lejos de esa ventana; otra vez has arrancado la cadena.

Tomó el palo y me pegó. No lloré, no puedo hacerlo. Pero el líquido corrió por toda la cama. Ella lo vio, se dio vuelta e hizo un ruido. ¡Oh Dios mío, Dios mío!, dijo, por qué me haces esto a mí. Oí que el palo rebotaba en el suelo de piedra. Ella corrió hasta arriba. Dormí todo el día.

* * *

Este día hubo otra vez agua. Cuando mamá estaba arriba oí de nuevo que la chiquita bajaba los escalones. Me escondí en la carbonera, porque mamá se enoja si la madrecita me ve.

Ella tenía una cosita viva. Caminaba sobre los brazos y tenía orejas puntiagudas. La madrecita le decía cosas.

Todo fue bien hasta que la cosa viva me olió. Subió corriendo por el carbón y me miró. Se le pusieron los pelos de punta. Hizo un ruido de malo con la garganta. Yo siseé y eso me saltó encima.

No quería hacerle daño, pero me asusté, porque me mordió más fuerte que la rata. Me dolió, y la madrecita empezó a gritar. Yo apreté fuerte fuerte a esa cosita viva. Hizo unos ruidos que yo nunca había oído antes. Lo apreté todo en una pelotita. Quedó hinchado y rojo sobre el carbón negro.

Cuando mamá me llamó, me escondí. Tenía miedo del palo. Ella se fue. Subí con la cosita por el carbón. Lo escondí bajo mi almohada y me apoyé en ella. Volví a poner la cadena en la pared.

* * *

Éste es otro tiempo. Papá me ajustó bien las cadenas. Me duele porque me pegó. Esta vez le quité de un golpe el palo que tenía en la mano; hizo un ruido y se fue con la cara toda blanca. Salió corriendo de donde duermo y cerró la puerta con llave.

No estoy tan contenta. Todo el día mucho frío aquí. Cuesta sacar la cadena de la pared. Y estoy muy enojada con papá y mamá. Ya les voy a mostrar. Voy a hacer lo mismo que hice la otra vez.

Voy a chillar y a reír fuerte. Voy a correr por las paredes. Después colgaré cabeza abajo con todas mis piernas y me

reiré y gotearé todo verde por todas partes. Hasta que se arrepientan de no tratarme bien.

Y si tratan de pegarme otra vez, los atacaré. Eso es lo que voy a hacer.

CUANDO ESTÁS CERCA, AMOR MÍO

(Lover, When You're Near Me, 1952)

La nave plateada desgarró el velo de las nubes, precipitándose hacia atrás, y se deslizó como por un tobogán a través de la atmósfera de Estación Cuatro. Los eyectores escupieron las rojas llamaradas de la desaceleración al compensar, con rugidos huracanados, la fuerza de la gravedad.

El aire se tornó más denso; la mácula rutilante del coheste corrió suavemente por él, posándose con la calma de un misil dotado de paracaídas. El sol moteaba de luz sus costados metálicos. En tanto, las aguas azules del océano formaron una amplia onda para devorarlo. La nave se sumergió en amplio arco y retrocedió hacia la superficie guarnecida en rojo y verde.

En la estrecha cabina, tres hombres sujetos con correas aguardaban el impacto del descenso con los ojos cerrados; los nudillos se destacaban muy blancos en sus tensos puños. Todos sus músculos se contraían instintivamente para resistir la fuerza que los atraía.

El suelo se elevó hacia la nave, bloqueándole el paso, y ésta se apoyó con un violento espasmo sobre el anclaje posterior. Un instante después había alcanzado ya la inmovilidad total, el silencio absoluto. Y sin embargo, acababa de recorrer billones de kilómetros a través del vacío nocturno.

A unos trescientos metros de allí se alzaban el depósito, la aldea y la vivienda.

El diagnóstico oficial era claro: *peligrosa*. Eso, que supuestamente debía permanecer en secreto, era bien sabido por David Lindell, así como por los otros empleados de Wentner. La llamaban «Estación Cuatro, la Inservible», o «Psico-sala de las Tres Lunas». No eran sino habladurías, y era necesario tomarlas con pinzas. Lindell lo sabía también.

Pero todo eso tenía algún sentido: las burlas, la mala fama, el silencio que guardaban los superiores. En otras estaciones, uno quedaba confinado por un período de años. Allí, en la cuatro, era sólo por seis meses. Todo eso parecía concordar. “Todo cuenta”, solían decir en la sala de Instrucciones, allá en la Tierra. La compañía Wentner de Comercio Interestelar no se esforzaba sino por un beneficio. Y Lindell así lo creía.

—Pero, como digo siempre —afirmó—, ¿de qué sirve preocuparse?

Eso fue mientras cruzaba penosamente la dilatada planicie con Martin, el copiloto de la nave, en dirección al lejano puesto, cargados ambos con el equipaje.

—Tienes toda la razón —contestó Martin—. No te preocupes.

—Es lo que yo digo.

Un rato después pasaron junto al silencioso depósito, de proporciones pantagruélicas. A través de las puertas corredizas, parcialmente abiertas, Lindell divisó el suelo de hormigón y los rayos de sol que se filtraban por la claraboya; estaba desierto. Según dijo Martin, la nave carguera lo había dejado vacío algunas semanas antes. Lindell cambió de mano su equipaje con un gruñido.

—¿Dónde están los obreros? —preguntó.

Martin hizo un ademán con el casco señalando la aldea de los trabajadores, distante unos trescientos metros.

—Estarán en la cama —aventuró—. Duermen a pierna suelta una vez que han terminado el trabajo. Ya los verás mañana, cuando empiecen a llegar los embarques.

—Y las familias, ¿están aquí?

—No.

—¿No es norma de la compañía que...?

—No, aquí no. Los gnees no hacen mucha vida de familia. Son pocos y bastante retardados.

—Qué bien, magnífico —exclamó Lindell. Y agregó, encogiéndose de hombros—: No habrá por qué preocuparse, supongo.

Mientras subían las escaleras hacia el vestíbulo de la casa, preguntó a su compañero dónde estaba Corrigan.

—Regresó en la nave carguera —respondió Martin—. Es bastante habitual. Después de todo, aquí no hay nada que hacer una vez que ha sido cargada toda la mercadería.

—¡Oh!, y esta puerta ¿qué es? —inquirió Lindell.

Al abrirla de un puntapié, comprobó que se trataba de un cuarto combinado, mezcla de sala y biblioteca.

—Tantas comodidades como en...

—Más —aclaró Martin, mirando a su compañero—. Aquí tienes un proyector de cine y una grabadora.

—¡Magnífico! —comentó Lindell—. Podré hablar oficialmente conmigo mismo... —haciendo una mueca, agregó—: Dejemos estas maletas por algún lado. Tengo los brazos dormidos.

Recorrieron el pasillo, arrastrando los pies; Lindell echó al pasar un vistazo a la cocina. Estaba limpia y tenía las paredes cubiertas de azulejos.

—¿Qué tal cocina esa mujer gnee?

—Por lo que he oído —respondió Martin—, vas a comer como los reyes.

—Es una buena noticia. Escucha, hablando de todo un poco, ¿se te ocurre por qué llaman a esto la Psico-sala de las Tres Lunas?

—¿Quién le puso ese nombre?

—Los muchachos, allá en la Tierra.

—Están todos chiflados. Esto te va a gustar.

—Sí, pero... ¿por qué sólo son seis meses?

—Éste es tu dormitorio.

Cuando entraron, ella estaba arreglando la cama, de espaldas a la puerta. Se volvió en cuanto dejaron las maletas. Lindell sintió que las manos se le contraían, pero dominó inmediatamente su impresión. "Bueno", pensó, "he visto cosas peores".

La mujer tenía una pesada túnica sujeta al cuello, que pendía hasta el suelo formando un cono trunco. Sólo la cabeza quedaba al descubierto. Era una cabeza pequeña, de contextura rústica y rosada; estaba desprovista de cabellos. Parecía el vientre pecoso de una perra a punto de dar a luz. Un par de cavidades, situadas a ambos lados del rostro plano y carente de mentón, reemplazaban a las orejas. La nariz era apenas un botón con una sola ventana. El pequeño anillo de la boca estaba circundado por labios gruesos, similares a los de un mono. Lindell contuvo el impulso de saludarla con un "Hola, preciosa".

Ella se acercó silenciosa. La mirada de aquellos ojos lo hizo parpadear. Sintió que una mano húmeda y esponjosa se apoyaba en la de él.

—¡Hola! —saludó.

—No oye —explicó Martin—. Es telepática.

—Es cierto, lo había olvidado.

¡Hola!, pensó, y enseguida llegó la respuesta correspondiente: *¡Hola!*, es un placer conocerlo.

—Gracias —dijo.

Parecía una buena muchacha, estrafalaria y feúcha. Una pregunta le rozó la mente como una mano tímida.

—Sí, claro —contestó.

Y agregó de inmediato con el pensamiento: *Sí*.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin.

—Me preguntó si puede desempacar, me parece.

Lindell se dejó caer en la cama y exploró el colchón, exclamando:

—Ah, ¡esto sí que es bueno!

Mientras la mujer desempacaba, los dos volvieron al vestíbulo. Lindell preguntó:

—Dime, ¿cómo se sabe que es hembra?

—Por la túnica. Los hombres no llevan túnica.

—¿Es la única diferencia?

Martin hizo una mueca.

—Hay otros detalles, que no te incumben en absoluto.

Ya en la sala, Lindell se sentó en el sillón, para comprobar si era cómodo. Se reclinó muy hacia atrás, satisfecho, y deslizó los dedos por los brazos.

—Peligrosa o no, esta estación les gana a todas en comodidad.

Permaneció así sentado, recordando los ojos de la mujer. Eran enormes; le abarcaban casi un tercio de la cara, como si fueran dos grandes platos de vidrio con una mancha oscura en vez de pupila. Y eran húmedos como dos escudillas llenas de líquido. Encogiéndose de hombros, trató de apartar de ella sus pensamientos.

Qué problema hay, se dijo. Esto no es nada.

Martin le estaba diciendo algo. Preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué decías?

—Decía que tengas cuidado —le advirtió Martin, entregándole una flamante pistola de gas que tenía en las manos—. Está cargada.

—¿Y para qué la quiero?

—Para nada —respondió Martín, guardándola en el cajón del escritorio—. Es parte del equipo corriente. Y ya sabes dónde están los libros. La oficina del depósito tiene la misma distribución que las de las otras estaciones.

Lindell asintió.

—Bueno, ya tengo que irme —concluyó Martin, echando una ojeada a su reloj. Mientras ambos se dirigían a la puerta, agregó—: ¿Me queda algo por decirte? Naturalmente, ya conoces el reglamento: no causar daño a los nativos, ¿no es cierto?

—¿Y quién tiene interés en hacer daño a...? ¡Epa!

Al salir de la habitación estuvieron a punto de chocar con ella. La mujer reaccionó con un elástico salto hacia

atrás y los miró con ojos abiertos y atemorizados.

—Tranquila —dijo Lindell, apaciguándola—. ¿Qué pasa?

¿Comer? La idea brotó ante él, como un mendigo en la puerta trasera de su conciencia. Frunció los labios y asintió, pensando: *Me adivinaste el pensamiento.*

La miró con fijeza y trató de concentrarse: *Voy a acompañar al copiloto hasta la nave y volveré enseguida. Prepara algo bueno.*

Ella asintió con vehemencia y entró corriendo a la cocina. Mientras se dirigían hacia la escalera, Martin le preguntó:

—¿Adonde va con ese andar de murciélago?

Lindell se lo dijo.

—Eso es lo que se llama un servicio de primera clase —comentó, haciendo chasquear la lengua—. Este asunto de la telepatía me está gustando. En las otras estaciones uno se ve forzado a aprender el idioma para pedir un simple emparedado de jamón, o tiene que enseñarles nuestro idioma para no morirse de hambre. En ambos casos hay siempre una etapa de transición en la que uno se ve en apuros a la hora de comer. —Y agregó, satisfecho—: Aquí están muy en onda.

Se acercaron a la nave, que aguardaba en posición vertical; las botas iban aplastando el alto y crujiente césped. Martin extendió la mano:

—Pórtate bien, Lindell. Hasta dentro de seis meses.

—Hasta entonces. Hazme el favor de dar al viejo Wenter mi más caluroso puntapié.

—Con mucho gusto.

Vio menguar la silueta del copiloto, en tanto éste ascendía la escalerilla metálica hasta la escotilla. Un diminuto Martin se introdujo en la nave y cerró tras de sí la portilla de metal, que retumbó sordamente. Lindell se despidió por señas de aquella pequeña silueta entrevista detrás del cristal y salió corriendo para evitar la ráfaga.

Se detuvo unos instantes en una colina bajo el espeso follaje escarlata de un árbol. Desde allí pudo oír una voz líquida que sacudió las entrañas de la nave; hubo una explosión de gases. Por unos momentos la nave pareció pegada a su escape flamígero, y luego se proyectó hacia el cielo verdeazulado, chamuscando las plantas al partir. Desapareció casi instantáneamente.

Emprendió el regreso a la casa con pasos largos y perezosos, contemplando admirado la lujuria de la vegetación cárdena y las flores silvestres, asediadas por insectos bulbosos.

Mientras caminaba se quitó la chaqueta, para llevarla colgando de una mano. El sol parecía una bendición sobre su espalda. De pronto, como hablando con el aire fragante, se dijo:

—Aquellos muchachos están todos locos.

* * *

El sol enorme y flamante estaba desapareciendo, y salpicaba el cielo con la sangre de su muerte cíclica. Las tres lunas no tardarían en elevarse para trastornar a cualquiera que intentase buscar su propia sombra.

Sentado en la sala de estar, Lindell contemplaba la campiña por la ventana. Ese aire, ese clima..., todo lo que allí crecía no tenía parangón con el pálido tecnicolor de la Tierra. En ese remoto rincón de la galaxia, la naturaleza se había superado a sí misma. Se desperezó con un suspiro y comenzó a pensar en la cena.

¿Beber?

Se interrumpió en medio de un bostezo y juntó los dedos con tanta rapidez que hizo sonar los nudillos. Ella estaba de pie a su lado, y le ofrecía un vaso en una bandeja. Lo aceptó; su corazón retornó a su ritmo normal después del sobresalto anterior.

—Sería mejor que llamas —sugirió.

Los grandes ojos tomaron una forma elíptica para mirarlo, sin comprender. Tomó un sorbo de líquido tibio y pungente.

—Bien, dejemos pasar eso —dijo, chasqueando los labios. Tomó un sorbo más largo y pensó—: *Muy bueno. Gracias, amor.*

Pestañeó sorprendido ante la palabra que acababa de pronunciar. ¿Amor? Era el término menos adecuado de todos. Le echó una mirada y se esforzó por contener la risita ahogada que le subía por la garganta.

Ella permanecía inmóvil. Su cara estaba plasmada en una expresión fija que podía tomarse por una sonrisa. Pero su boca no estaba diseñada para sonreír.

Oye, ¿cuándo comemos?, le preguntó, para disipar el embarazo que le provocaba la inmóvil mirada de sus líquidos globos oculares. Ella se volvió, dirigiéndose de prisa hacia la puerta, y lo miró desde allí.

Todo listo ya, fue el mensaje.

Él ensayó una sonrisa y bebió el resto del vaso antes de levantarse para seguirla. Ella avanzó por el corredor escasamente iluminado, arrastrando los pies.

* * *

Él empujó el plato con un suspiro y se reclinó en el respaldo de la silla.

Eso sí que estuvo bien, dijo.

Captó en su mente que la satisfacción de ella se hinchaba como un resorte escondido. *Amor te agradece.* No tardó en adoptar el nombre, pensó. Ella continuaba mirándolo con los ojos muy abiertos. Quizá se trataba otra vez de sonreír. Para él, todas sus expresiones resultaban iguales: los cambios faciales de un idiota. Si algo sugería la sonrisa, eran los pensamientos que acompañaban esa expresión.